

— Espere un momento — dijo abriendo la ventana —, yo se lo traigo.

Saltó de cualquier manera al patio exterior, que se encontraba a la misma altura que la estancia de recreo, y fue hasta la fuente; dentro de la balsa de piedra que rodeaba aquella construcción, ella rebuscó entre el lago de hojas secas hasta encontrarlo: era un cuaderno, un simple cuaderno desgastado y viejo. Se encaminaba ya hacia la ventana cuando lo oyó. Se dio la vuelta, pero de los caños no salía ni una sola gota de agua. Volvió a sonreír al fijarse por primera vez en la ninfa de piedra que coronaba el centro de la fuente, y reanudó su camino.

— Esto debe ser suyo, Don Emilio.

Él ni siquiera le dio las gracias; es más, se lo arrebató de las manos y comenzó a leerlo con una energía hasta entonces desconocida.

— De nada — dijo ella con ironía mientras saltaba de nuevo por la ventana y la cerraba después.

El anciano terminó de leer la primera hoja; sin embargo, no pasó a la siguiente página, sino que volvió a leerla y a leerla... y a leerla, una y otra vez. "Quizás esté intentando memorizarla. Bueno, esa sí es una batalla perdida". No obstante, algo ocurrió..., algo, allí..., abajo, muy abajo, en el fondo de los oscuros ojos del anciano... Sí, aquellos ojos parecían ahora brillar con el agua limpia y pura procedente de las altas montañas.

"En fin...", ella miró su reloj, "hora de pirarse". Dijo adiós; pero el viejecito ya no se encontraba allí, perdido (pero no olvidado) entre aquellas líneas torpemente manuscritas, así que tampoco le molestó su silencio..., además, mañana ni siquiera se acordaría de quién era ella, o de por qué se encontraba internado en un lugar cuya fuente llevaba años sin funcionar, o dónde demonios había olvidado la única cosa que parecía traerle de regreso a una vida que se le escapaba día tras día.

"¡Pobre hombre!", pensó mientras cruzaba de nuevo la estancia en dirección a la puerta de salida, con la mente puesta en un eterno baño de agua caliente, y convencida de que aquella palabra asociada a la enfermedad de Alzheimer lograría aprender a nadar en su bañera. "Aquella palabra...". Sí, al final sería ella misma quien acabaría ahogada, sumergida en un líquido jabonoso y resbaladizo, abajo, muy abajo, rodeada por el silencioso sonido del agua... "El sonido del agua..., aquella palabra, aquella maldita palabra... *Incurable*. Sí. Nunca lo olvides. No debo encariñarme ni nada parecido. El viejecito tiene los días contados y todo ese rollo de la muerte. Don *Incurable*, ése es su verdadero nombre".

En esta ocasión, ninguno de los ancianos residentes se quejó cuando pasó delante de los anuncios comerciales que estaban echando por la caja tonta: Una pareja de abuelos de aspecto saludable y feliz jugaban con sus hijos y nietos a un juego de mesa; mientras, al fondo de una acogedora sala de estar, la leña ardía dentro de la chimenea y las nueras recogían los restos de una deliciosa comida hogareña.

— ...*El Juego de la Vida: un juego para toda la familia porque... la familia que juega unida permanece...* — el sonido brotó de los altavoces del televisor, hasta inundar la estancia, con la fuerza real y ruidosa con la que el agua sale del caño de una fuente de piedra.

## II

— Tan sólo dime por qué no.

Su novio apartó una de las manos del volante para subir un grado más la calefacción del coche antes de contestar.

— No. Dime tú primero por qué cojones has tenido que decirlo cuando estábamos todos cenando en la hamburguesería, ¿eh?

Eva se desprendió del jersey por la cabeza, y la blusa se le subió hasta quedar comprimida a la altura del cuello.

— Déjalo, ya veo que te importa más tus amigos... A mí sólo me quieres por esto — dijo bajando su blusa de mala manera.

— ¡Compréndelo, tía! Ya los has oído a todos burlarse de mí: Que si un viejecito te va a poner los cuernos, que si la Viagra ahora hace milagros... ¡Joder, tía, de qué vas! No sé pero, desde que hace unos meses entraste a currar en esa mierda de residencia, no hay quien te entienda.

Su novio volvió a subir un grado la calefacción; sin embargo, sus temblores parecían más y más espasmódicos, transmitiéndose ahora a la conducción.

— Mira, tío, ¿no te iría mejor si pasaras pastillas de Viagra en vez de...?

Él detuvo el coche bruscamente.

— Ya hemos llegado a casa de tus padres.

Ella miró los cien metros que le separaban todavía del portal. Afuera comenzaba a llover. Deseó que la noche no fuera oscura y fría, que el agua no mojara, y que su novio no se hubiera comportado como un capullo al dejarla tan lejos del portal de casa; pero, lo que más deseó fue tener un paraguas..., "aunque no para utilizarlo de la manera más ortodoxa, claro", pensó.

Abrió la puerta y, antes de salir del coche, le besó. Fue un beso rápido y fugaz; lo único que podía calmar los temblores del chico, lo único que lograba hacerle entrar en calor... "Algún día